

La sociedad tiene la palabra

La pandemia del coronavirus o COVID-19 no sólo ha dejado en evidencia las debilidades de los sistemas políticos y frágiles estructuras institucionales de muchos países, sino también las diversas reacciones y comportamientos colectivos e individuales que tienen las sociedades de todas partes del mundo ante eventos de salud desconocidos como el actual.

Esta contingencia mostró conductas y diferentes formas de reaccionar de la gente en todas las naciones de acuerdo a sus condiciones de vida y percepción de la realidad que se tienen en cada una de ellas.

La actual pandemia tomó por sorpresa al mundo, de tal suerte que el COVID-19 ha sido capaz de demostrar, en tan sólo unos meses, lo vulnerable que son las personas a enfermedades nuevas y desconocidas; virus tan letales que tienen el poder de poner en jaque a gobiernos y sociedades sin importar lo desarrollados o no que sean los países.

Sin duda, el coronavirus colapsó a los sistemas de salud y dejó en claro que la humanidad no se ha preparado lo suficiente para hacer frente al embate de esos microscópicos pero mortales enemigos que causan estragos al cobrar miles y hasta millones de vidas así como daños a las economías.

Las enfermedades como el Ébola, SARS, la Influenza, síndrome de coronavirus respiratorio de Medio Oriente en 2012, el cólera, el sarampión y ahora el COVID-19 han afectado a todo el mundo porque los contagios son ya globales y no se circunscriben a una sola nación o región.

El surgimiento espontáneo de las enfermedades obliga a los países a destinar importantes recursos para la investigación científica, la preparación de personal especializado, la construcción de infraestructura, la creación de planes alternos y medidas preventivas oportunas a fin de atender emergencias como la actual.

Hace años, siglos de distancia, hombres sencillos pero con un elevado interés científico por contribuir a curar males y salvar vidas, sin más recursos que sus brillantes mentes y su tenacidad, en difíciles condiciones para sus investigaciones, dieron los primeros pasos para identificar a los causantes de las enfermedades como espléndidamente relata Paul de Kruif en su libro *Cazadores de Microbios*, en donde rinde tributo a quienes demostraron la necesidad de la higiene y la protección que nos dan las vacunas.

En la antigüedad, la trasmisión de las enfermedades y su diseminación por el mundo se debía porque hombres con algún mal se desplazaban de sus lugares de origen a nuevos territorios por motivos de exploración o de conquista y contagiaban a los nativos, como ocurrió en 1520 cuando los españoles trajeron la viruela a México y que diezmo la población

azteca de acuerdo al Códice Florentino en donde se da cuenta de ese suceso. Siguió el sarampión, tifoidea, fiebre amarilla y desinteria que acabaron con la vida de entre 7 y 17 millones de personas

La organización social de aquella época era muy disímil; las clases sociales estaban muy identificadas, diseminadas y delimitadas; la dispersión de la población en todo el país -con el doble de la extensión que hoy tiene- no permitía la cohesión de los diferentes estratos, en especial de los más pobres, cuya prioridad era la sobrevivencia ya que los más desposeídos hacían los trabajos más pesados en condiciones inhumanas de explotación total.

Los comportamientos con el paso de los años variaron debido a que más población tuvo acceso a la educación y por consecuencia mayor conciencia del cuidado de la salud, además de que se instituyeron programas de gobierno de prevención mediante las sistemáticas campañas de vacunación que salvaron a millones de personas.

Sin embargo, especialmente en las zonas rurales, las más alejadas carentes de clínicas y hospitales, las cosas no se modificaron ya que se continuó con prácticas ancestrales, remedios caseros, herbolaria e incluso la superchería pues era lo único a su alcance o con lo que contaban.

En esos años no había posibilidades de una reacción social colectiva para buscar, solicitar o pedir -exigir no se podía- atención médica u hospitalaria pues era difícil la unidad de los grupos, de los habitantes de las diferentes comunidades, por las distancias y las complicadas posibilidades de desplazamientos e individualmente era prácticamente imposible.

En la actualidad, la sociedad dispone de seguridad social y diversos servicios de salud públicos y privados que están al alcance de una gran parte de la población. Muchos pueden cuestionar la calidad de la atención pero la realidad es que los beneficios aportados por el sistema de salud son cuantiosos.

Las enseñanzas y lecciones que nos dejó el episodio de la Influenza A (H1N1) en 2009 cuando México fue el epicentro de esa enfermedad 10 veces menos potente que el Coronavirus, fue un cambio de comportamiento en las personas para afrontar las enfermedades y más comprensión de la importancia que tiene el cuidado y prevención de la salud individual y colectiva.

En el caso del COVID-19, ante la tardía reacción del gobierno, la población decidió tomar las medidas conducentes para contener la propagación del letal virus. Entre ellas se optó por el resguardo o el aislamiento voluntario en casa, por redoblar las medidas de higiene y por mantener la llamada “sana distancia”, lo cual va en contra la naturaleza de los mexicanos que estamos acostumbrados a las reuniones, fiestas, tertulias, a la celebración de las tradiciones, a estar en grupos familiares o de amigos.

Octavio Paz, en su obra el *Laberinto de la Soledad*, explora la condición de los mexicanos quienes para no sentirse solos usan cualquier motivo para el jolgorio y dice que el “mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas”. “Cualquier pretexto es para reunirse, celebrar e interpretar la marcha del tiempo”.

Si bien la reclusión transitoria o pasajera por algunas semanas con el encierro y la sana distancia no modificarán la forma de convivencia de los mexicanos, seguramente tendrá un efecto en la conducta de los individuos reflejada en depresión o estrés porque somos extremadamente dados al abrazo, al beso, al apapacho, al saludo alegre acompañado con palabras y bromas ingeniosas. Nuestras expresiones corporales también llevan muchos mensajes y casi siempre mostramos ánimo y buenos deseos, nos sentimos seguros, fuertes o comprendidos cuando estamos con quienes estimamos y forman parte de nuestro círculo de confianza.

El Nobel de Literatura mexicano señala que para nosotros los nacidos en este país, la “fiesta es una revuelta” y ¡cuánta razón encierra el concepto!, porque la reunión es para nosotros una forma indirecta de protestar por las condiciones de vida, criticar o apoyar a los gobiernos en turno, comentar los sucesos recientes de toda índole, “componer” el mundo con nuestras opiniones y hablar de temas políticos, religiosos, deportivos, culturales, turísticos, musicales y hasta de temas personales o insulsos, porque son momentos para el desahogo, la catarsis, para liberarnos frente a nuestros semejantes, a nuestros pares, en una comunión festiva porque no tendría sentido de otra manera, por ello escribió Paz que “gracias a la fiesta el mexicano se abre, comulga, participa”.

Por la pandemia del coronavirus una gran mayoría de ciudadanos se ha quedado en casa, refugio natural donde nos sentimos seguros, lugar en el que nos creemos a salvo, sitio en el cual nos aman y amamos, donde nos educamos. La decisión de quedarse en casa ha tenido la finalidad de no contaminarnos y no contaminar. Queremos evitar contraer la enfermedad y que afecte a nuestros seres queridos, mantener lejos al virus, por lo que las precauciones de higiene se extremaron.

Esto nos recuerda escenas de la película *Los 10 Mandamientos*, cuando Moisés (interpretado por Charlton Heston), pide a Ramsés (Yul Brynner) la libertad del pueblo hebreo, a lo que el faraón se niega y ante ello, el elegido de Dios, sentencia calamidades y enfermedades para los egipcios que se esparcirán como plagas; una amenaza va dirigida a los hijos menores de éstos. Se muestra a la peste, desplazándose por las calles como una especie de gas, una mancha que se esparce y entra a las casas por debajo de las puertas o por las ventanas y quita el aliento a los niños. Para alejar el mal de los hogares hebreos y proteger a los habitantes de los mismos, Moisés marca las puertas con pintura amarilla y dibuja algunos símbolos para, así, formar una barrera que evite la entrada del flagelo. Así, finalmente después de días de infortunio, el faraón Ramsés paga un alto precio por su necesidad: la muerte de su primogénito.

Si bien, en esta emergencia no se han marcado las puertas con pintura amarilla como muestra de temor a contraer la enfermedad, la gente ha decidido tomar en cuenta las recomendaciones sanitarias para protegerse.

Sin embargo, es notorio el estrés, la ansiedad, la presión laboral, la ausencia de roles específicos de los integrantes en el seno familiar que han ocasionado se eleven las conductas de maltrato en los hogares. En ello influyen los reducidos espacios de las viviendas, la incertidumbre por el ingreso económico, la falta de educación, de valores y de respeto que han propiciado que afloren demonios internos.

El encierro voluntario o involuntario en un importante número de hogares en donde los niveles culturales y económicos son muy bajos se han incrementado la violencia y las agresiones entre los mismos familiares. Se ha perdido el respeto y ello quedó demostrado al rebasarse los peticiones a los servicios de emergencia que atienden estos casos de violencia intrafamiliar y se elevaron considerablemente en tan sólo en unas semanas,

Asimismo, es interesante ver la reacción de los niños, los adolescentes y los jóvenes frente a los episodios de catástrofes naturales o emergencias sanitarias. Por principio de cuentas la generación de los 80's, los llamados millenians, crecieron y han vivido entre crisis económicas, políticas y sociales. La expresión de uno de ellos es más que elocuente: "Toda mi vida he oído hablar y vivido en las crisis económicas, sólo conozco problemas por dinero y me he acostumbrado a vivir con carencias, entonces, ¿qué me puede preocupar?".

Los millenians -con el ejemplo legado por la espontánea organización social del terremoto del 19 de septiembre de 1985- tuvieron una participación activa en el temblor del 19 de septiembre 2017 y la difundieron a través de lo que bien conocen y manejan: la tecnología y las redes sociales. En la pandemia del coronavirus también han contribuido al manejo rápido de mensajes, vía los medios digitales, para crear conciencia entre la población sobre la importancia de la higiene.

Pero también, se ha propiciado un fenómeno opuesto: el abuso de las redes, en donde se observan malas intenciones de algunos que generan desinformación sobre el asunto, además, otros, se aprovechan de este recurso para llamar a actos delictivos y saqueos.

En tanto, la generación del año 2000 o del Siglo XXI, llamada Z, ha tenido que vivir con enormes carencias educativas y culturales; desenvolverse en ambientes de inseguridad, de violencia, de epidemias, pandemias; han sido testigos del acelerado deterioro del planeta por el calentamiento global ocasionado por los elevados índices de contaminación y malas prácticas de consumo, por lo que su perspectiva de vida es muy incierta. Lo delicado del caso es que en su corta vida, los niños y adolescentes han tenido que aprender a desarrollar mecanismos para entender al mundo prácticamente enclaustrados, para sentirse protegidos y alejados de los peligros y amenazas externas. Es una generación marcada por el miedo y la ansiedad.

Las calles, antes bulliciosas, donde se caminaba y convivía con una gran cantidad de personas, ahora están vacías, se ven tristes; las escuelas con incesante actividad, repletas de alumnos, están solas, se ven abandonadas; los comercios, las industrias, las oficinas y otros negocios, cerraron o bajaron sus cortinas ya sea por decisión propia o por orden oficial; los centros recreativos y turísticos cerraron sus puertas, las grandes ciudades que son de gran atractivo para los viajeros por diferentes motivos, no registran movimiento porque el turismo se cayó de manera estrepitosa. Los vuelos se cancelaron, las reservaciones también ante el cierre de fronteras; algunos pospusieron sus viajes, otros, prefirieron no arriesgarse y quedarse en sus lugares de origen.

Todo ello, por causa del poderoso virus que infecta los pulmones de las personas y que hoy tiene, por decirlo de alguna manera, de rodillas, sometida y a su merced a toda la humanidad.

Pero muchos mexicanos que viven al día han desafiado a la pandemia porque se ven en la necesidad de salir a trabajar para tener un ingreso y aquí cabe decir que el temor queda a un lado, pues había que exponerse, “jugársela” como decimos nosotros, porque “si no nos morimos por el coronavirus, nos vamos a morir de hambre”, se decía en las calles.

Y aquí entra un concepto cotidiano muy nuestro: La muerte. Los mexicanos somos propensos a exponernos a la muerte y como lo menciona Octavio Paz en el citado libro líneas arriba: La Muerte no nos asusta porque “la vida nos ha curado de espantos”. El autor también destaca en su magnífica obra que “el desprecio a la muerte no está reñido con el culto que le profesamos”. “La muerte nos seduce”, puntualiza el escritor.

Tan es así que bromeamos con la muerte, le cantamos, la celebramos, la festejamos, no la comemos simbolizada en calaveras de dulce, de chocolate, de amaranto –porque así la visualizamos, dulce-, la retamos: “mal’aya quién dijo miedo, si para morir naci”, o envalentonados expresamos: “me hace los mandados”.

Otros fenómenos lamentables, por cierto, que se han observado en el comportamiento social, son el encono y la división que se manifiesta en las agresiones al personal médico, enfermeras y a los trabajadores del área de la salud, a quienes se les ha estigmatizado a tal grado que se hicieron llamados a través de las redes sociales para segregarlos, discriminarlos, incluso agredirlos e insultarlos en lugares públicos y en los propios centros hospitalarios, porque se argumentó, que ellos estaban con los enfermos y podrían portar el virus.

El coronavirus llegó a México desde su lugar de origen Wuhan, China, dos meses después de que se detectó e inició su rápido proceso de expansión por el mundo y aun cuando hubo tiempo suficiente para que en México se tomaran las medidas oportunas para su contención, antes de que se detectara el primer caso, pero el gobierno subestimó la contingencia.

La sociedad tomó el control nuevamente ante la adversidad: las universidades suspendieron clases, días después -por presiones-, las autoridades decidieron hacerlo en los otros niveles educativos. El mexicano se aisló voluntariamente ante la tardanza de su gobierno que se mostró indiferente, insensible, que, si bien dimensionó el problema que se avecinaba, no actuó con la rapidez del caso y menospreció el asunto; un gobierno que fue a contracorriente al invitar a la gente a salir y abrazarse, porque no pasaba nada. Semanas después se cambió de opinión y se urgió a las familias a quedarse en casa; dispusieron el cierre de actividades en comercios y otros establecimientos, así como oficinas, lo que para muchos fueron medidas tardías a causa de la soberbia gubernamental.

Gabriel García Márquez, en su universal y espléndido libro *Cien Años de Soledad*, relató que “cuando José Arcadio Buendía se dio cuenta que la peste había invadido al pueblo, reunió a los jefes de familia para explicarles lo que sabía de la enfermedad del insomnio y se acordaron medidas para evitar que se propagaran a otras poblaciones de la Ciénega”.

Determinaron quitarle “las campanitas a los chivos y las pusieron a la entrada del pueblo a disposición de quienes desatendían los consejos y súplicas de los centinelas e insistían en visitar a la población. Todos los forasteros que por aquel tiempo recorrían las calles de Macondo, tenían que hacer sonar su campanita para que los enfermos supieran que *(quienes las hacían sonar)* estaban sanos”.

Y sigue el relato, pero este fragmento nos deja algunas reflexiones: que con las oportunas medidas preventivas de quienes tienen la responsabilidad y la autoridad para hacerlo, los ciudadanos podemos sentirnos seguros.

Luego de que pase la contingencia se verán diferentes comportamientos, cambios de conducta de la sociedad y gobierno. Pero es un hecho que la pandemia alteró nuestra convivencia, nuestros modelos sociales de relacionarnos, dejó ver cosas positivas y otras muy desagradables, porque fueron notorias las divisiones entre los mexicanos, la desconfianza entre unos y otros se acrecentó, quizás por las señales contradictorias del gobierno, pero lo más delicado es que también se evidenció la ineficiencia de las autoridades para proteger a su población.

La situación generó tensiones sociales, estrés en mucha gente al modificarse las actividades diarias, nuestro estilo de vida, pero cabría preguntarnos a manera de teoría si el autoencierro ha sido una forma de defensa que nos permite negar nuestra realidad como país.

El coronavirus, una vez que termine la contingencia, nos hará madurar social e individualmente y nos dará mejor perspectiva de la vida.

Lo cierto es que no perderemos nuestra esencia como pueblo, pero lo fundamental será que debemos usar toda nuestra capacidad y energía, probablemente renovadas, para lograr un auténtico cambio. La sociedad y solo ella, tiene la palabra.

